

En el metro son muy pocos los que de mañana sostienen un libro entre las manos de camino al trabajo o a las aulas. Casi todos los que hacen algo consultan su teléfono móvil. En sus pantallas se suceden imágenes aleatorias que reclaman un instante de atención. Entre fascinados y somnolientos, aguardan un no se sabe qué capaz de arrancarles de la monotonía de las primeras horas del día. En este momento no hay nadie a la vista que lea en papel. Podría parecer una casualidad o una simple anécdota. Pero sabemos que no lo es. Las pantallas se han impuesto. Y allí donde había un soporte de papel, ahora se encuentra un dispositivo retroiluminado lanzando destellos que demandan, casi exigen, nuestra mirada y nuestro tiempo. Estamos asistiendo, sin haberlo decidido,

pero sin haberlo impedido, a una importante mutación, tan importante que está transformando las bases mismas de nuestra cultura.

Resulta extraño pensar que estas pequeñas e inocentes pantallas puedan conspirar para modificar las bases de la cultura. Sin embargo, la forma de acceso a los contenidos condiciona el contenido mismo. Lo dijo McLuhan. El medio es el mensaje.¹ Y esto, en el caso de los teléfonos móviles, es más verdad que nunca. La pantalla es el mensaje. El hecho de usarlas limita drásticamente lo que se lee a través de ellas. Hay contenidos a los que nunca se accederá mediante un teléfono móvil. Entre ellos los libros. No tanto porque no se pueda como porque no se hace. ¿Cuántos de los que utilizan teléfonos móviles a nuestro alrededor los utilizan para leer libros?

Aquí, las redes sociales realizan su trabajo a la perfección. Captan la atención y el tiempo de los usuarios con contenidos ligeros, visuales, fragmentarios, emocionales, sorprendentes, pintorescos, adictivos... que son suministrados a través de una pantalla siempre a mano, accesible, deslumbrante, obediente, ágil, esti-

¹ McLuhan, *Comprender los medios*, 29.

mulante, placentera... Son el tándem perfecto: dispositivos electrónicos y redes sociales accesibles las 24 horas del día, en cualquier lugar, en la cama, en el trabajo, en las aulas, en el transporte público, en el baño, en la fila de espera, en el bar, en los momentos de ocio, en una sobremesa que se alarga, en un momento de aburrimiento o en otro de diversión, incluso mientras se disfruta de otros contenidos, como una película, una serie, en un concierto, en un partido o, también, cuando se está leyendo un libro. Siempre hay una buena razón para consultar el móvil.

Y, ante esto, ¿qué puede hacer el modesto libro impreso? Un antiguo invento con cinco largos siglos de existencia durante los cuales apenas ha evolucionado.² Sigue siendo básicamente lo mismo que en sus orígenes: un artefacto cultural compuesto de hojas cosidas o pegadas, estampadas por ambas caras y que, paginadas correlativamente, constituyen una secuencia tanto física como intelectual; que el lector debe tomar en las manos interactuando directamente con él y que, al cerrarlo, custodia su contenido inalterado, dando testimonio de que una vez un ser humano

² Blasselle, *Livre*, cap. 2.

pensó, escribió, imprimió y comunicó a través de ese libro lo que pasaba por su mente. Ajenas al proceso de desplazamiento de un modelo de cultura basado en soportes físicos, nuevas generaciones se introducen directamente en otro que se mueve casi exclusivamente en soporte digital. El uso de los dispositivos electrónicos les induce a creer que todo lo que necesitan se encuentra al alcance de su mano, a un simple clic, basta con una sencilla consulta a la inteligencia artificial (IA). El desafío es inmenso; el resultado previsible: la batalla está perdida antes mismo de comenzar el combate.

EL DESAFÍO ILUSTRADO

Pero esto, el desplazamiento intuitivo de un modelo de cultura por otro, ya había sucedido otras veces. Durante la Ilustración, en el siglo XVIII, Voltaire y otros muchos como él desafiaron a la cultura oficial del Antiguo Régimen. Pero no lo hicieron de manera directa, atacando frontalmente a las instituciones culturales oficiales, sino de una manera muy ingeniosa, a través de la sátira, con un lenguaje nuevo, deslumbrante,